

ERNESTO LÓPEZ PORTILLO

La muerte y su espectáculo

La última colaboración del año es desoladora. Termina el 2009 y deja en la historia un retrato jamás visto de la violencia en México. La violencia de hoy, más allá de su frecuencia, de suyo grave, es el espectáculo con el que nos levantamos por la mañana y nos acostamos por la noche. Hasta más de seis decenas de personas caen muertas al día a manos de la delincuencia organizada y los medios de comunicación nos las ponen enfrente una a una. La nuestra es la generación de la muerte y su espectáculo.

Todos estamos rebasados por la realidad. Desde los más altos representantes de la autoridad, hasta el más avezado de nuestros académicos, todos fuimos superados por los hechos. Terminamos el 2009 ahogados en hechos sangrientos y algunas autoridades aún fingien entender lo que pasa y simulan poder controlarlo. Mienten: no saben qué pasó ni qué pasará. Hablo por igual con policías y fiscales, o con historiadores, antropólogos y sociólogos y nadie acierta a elaborar hipótesis serias en torno de la violencia de hoy.

Las explicaciones, todas las que hemos logrado, bordan en los síntomas. El impulso que hoy generaliza expresiones violentas ni siquiera vistas entre la criminalidad más extrema de otros países y continentes, está aún por escudriñarse. Ya lo sabemos, la violencia es compleja y multifactorial. ¿De qué está hecha la complejidad

de la violencia en el México de hoy? No lo sabemos y si algún día lo entendemos, en todo caso será muy tarde.

El gobierno de hoy está dominado como nunca antes por la inclinación policial y penal. Impulso reactivo, automático y superficial que no busca una aproximación analítica y de política pública en varios planos, además de la neutralización por la vía de la fuerza. Es un gobierno manco porque opera con la mano derecha para golpear, pero no usa la izquierda para transformar. No estudia lo que tiene en

Los medios de comunicación aportaron un daño sin precedentes. Llevaron la violencia a escena sin más. No estudiaron su rol ante la misma

frente, no analiza las dimensiones diversas y no construye alternativas. La camisa de fuerza del gobierno federal es azul y lleva placa.

Un experto del Instituto de Altos Estudios para la Seguridad de París, Francia, decía hace muchos años en México que "la policía no es mejor ni peor que la sociedad que la crea". Extrapolo la hipótesis hacia la relación entre gobierno y gobernados en México, cuando menos en torno a la violencia. La incapacidad del gobierno federal para entenderla y la centralización del músculo represivo, suena mucho más a una impronta colectiva de la sociedad mexicana, que a una mera estrategia de gobierno. No es una debilidad del gobierno, más bien percibo una falencia colectiva derivada, a su vez, de una experien-

cia histórica que ante la violencia ha preferido, precisamente, la violencia. Así que la camisa de fuerza policial y penal tal vez nos viene atando a todos y no sólo al gobierno.

Los medios de comunicación aportaron un daño sin precedentes. Llevaron la violencia a escena sin más. No estudiaron su rol ante la misma, mejor se conectaron a la cadena de producción discursiva, cuyo afluyente nace en esa autoridad articulada por el puño derecho. Alguno de ellos, de manera excepcional, mencionó algo sobre la disyuntiva de informar o no la violencia. Pero los medios no enfrentaron el desa-

fío de madurar su rol evolucionando hacia a la apropiación de estándares éticos y profesionales sobre cómo construir noticias sobre la violencia, muchos de los cuales ya se aplican en otros países y continentes. Termina el 2009 con un espectáculo de la muerte que al mismo tiempo nos rebasa y somete. De

la mañana a la noche, de enero a diciembre, un homicidio tras otro. Concluye así un año que hubiera preferido no atestiguar. Y el 2010 anticipa un escalamiento aún mayor en el ejercicio de la fuerza privada y la del Estado. Nada que festejar, en suma.

Director ejecutivo del Instituto
para la Seguridad y la Democracia, AC

